

# Bajo el hechizo digital: desafíos a nuestra libertad de elección

Crédito: Shutterstock

**Richard Orozco**

Programa de Estudios Generales  
Universidad de Lima

doi: <https://doi.org/10.26439/piedepagina2024.n013.7302>

En el 2016, antes del referéndum inglés para decidir su permanencia en la Unión Europea, unos investigadores de Kingston y Essex se plantearon un objetivo sorprendente: descubrir si nuestra actividad cerebral es un método válido para predecir nuestra intención de voto (Galli et al., 2017). El experimento contó con 62 voluntarios a quienes se les acopló unos electrodos para medir su actividad cerebral mientras respondían preguntas de materia política y así comprobar sus preferencias cerebrales. Lo sorprendente del

resultado fue que la actividad cerebral revelaba las preferencias de voto incluso en personas que afirmaban estar indecisas. La conclusión obvia para los comunicadores sociales fue que, si se quiere conocer la intención de voto de los electores, eran preferibles los métodos de indagación cerebral en lugar de las encuestas. No obstante, también se dejaba entrever un antiguo –y mucho más inquietante– problema filosófico: ¿será nuestra libertad de elección solo una ilusión? ¿Nuestras supuestas decisiones no

habrán sido anticipadas ya por nuestra fisiología o por las causalidades de la materia?

Por supuesto, dicha investigación no es la única en la que se pretende demostrar la delantera de la causalidad material por sobre nuestra libertad de elección. Otro estudio titulado *Cerebro rojo, cerebro azul* (Schreiber et al., 2013) propuso que nuestras preferencias políticas se encontraban ya perfiladas en nuestras estructuras cerebrales. Así, los progresistas registran mayor actividad en la ínsula posterior izquierda, mientras que los conservadores la presentan en la amígdala, que es la parte del cerebro asociada al miedo. La investigación, que se había basado en resonancias magnéticas, y que fue corroborada con informes de la conducta política de los voluntarios, arrojó un acierto de predicción de un 82,9 %. Ante estos resultados, la pregunta que inevitablemente se nos impone es la siguiente: ¿realmente somos nosotros quienes elegimos nuestras preferencias políticas?

Con poca consciencia, quizá, las dos investigaciones antes comentadas se insertaban en una amplia discusión que puede rastrearse a lo largo de la historia de la filosofía. La pregunta que los filósofos se han hecho es la siguiente: ¿existe la libertad de elección o es solo un espejismo de causas materiales que interactúan regidas por las leyes de la naturaleza? Los filósofos que han afirmado su existencia se han sostenido en el dato evidente de la consciencia: soy yo quien eligió estar aquí sentado escribiendo en lugar de estar caminando. No obstante, aunque el dato de la libertad parece evidente, al explicarla aparece una seria dificultad: la libertad tendría que ser una propiedad de la materia (el conjunto de átomos que conforman nuestro cuerpo) que, sin embargo, no esté regida por las leyes de la naturaleza. ¿Cómo pensar una propiedad tan distinta de las demás? La única respuesta, entonces, parece ser el dualismo; es decir, asumir la existencia de dos tipos de entidades: la materia y el alma (no material y con libertad). Aunque esta fue una respuesta suficiente durante siglos, la ciencia de hoy en día presenta muchos datos contrarios que parecen sostener, más bien, la

otra posición filosófica, la del materialismo: solo existe la materia y esta está plenamente regida por las leyes de la naturaleza; ergo, la libertad de elección es una ilusión.

En esa misma tendencia, las redes sociales parecen ser una prueba que afianza más la sospecha sobre la idea de libertad. Esto se debe a que las redes sociales han hecho aún más evidente lo manipulable que es nuestra supuesta libertad de elección y lo engañados que podríamos estar cuando pensamos que nosotros tomamos decisiones. La manipulación quizá no es novedad, pues existe desde que apareció la palabra. El tema con las redes sociales es el elevado nivel que esa manipulación ha alcanzado, debido al exorbitante número de interacciones diarias. Más aún, ya no se trataría solo de una manipulación, que aparece en el plano del discurso, sino que podríamos reconocer también mecanismos de control psicológico que subsisten en las redes sociales y que revelarían –aún más claramente– cuán equivocados estamos cuando pensamos que somos nosotros quienes elegimos. En una primera sección voy a aclarar más a qué me refiero con esa manipulación y esos mecanismos psicológicos que esconden las redes sociales, mostrando la manera en que todo ello desafía nuestra libertad de elección. En una segunda sección, propondré una posible respuesta a ese desafío. Propondré que nuestra libertad de elección es real, pero no plenamente independiente de la naturaleza, sino que es una propiedad emergente de esta. Dicha respuesta filosófica se conoce como emergentismo y pretende ser un justo medio entre el dualismo y el monismo materialista.

### **Redes sociales: conectados y controlados**

Debe ser evidente para todos nosotros que las redes sociales no son gratuitas; ese es ya el primer engaño. Entonces, ¿cómo costeamos las redes sociales? La respuesta no debiera sorprendernos: pagamos con nuestra atención y nuestros datos. El *Digital 2024, Global Overview Report* afirma que el número de usuarios de las redes sociales ya supera los 5000 millones y

Crédito: Shutterstock



La microfocalización conductual se consolida como una de las principales amenazas para nuestra libertad de elección.

que, en promedio, cada uno de estos usuarios permanece conectado por 2 horas y 23 minutos al día (We are social & Meltwater, 2024). TikTok e Instagram son las redes sociales más consumidas y detrás, muy cerca, Whatsapp y Youtube. El número estimado de *tweets* que se producen al día supera los quinientos millones. En Facebook, los comentarios al mes superan los 5000 millones (Gaal et al., 2022). ¿Por qué nos engolosinamos tanto con las redes sociales? La respuesta supone teorías psicológicas que exceden el objetivo de este ensayo. A mí me interesa más otra pregunta: ¿por qué les interesan tanto nuestra atención y nuestros datos?

La respuesta a esta última pregunta la podemos encontrar en un mecanismo que no es nuevo, pero que se ha potenciado descomunalmente con el *big data*: la microfocalización conductual. Se trata de un mecanismo de predicción y control de nuestras conductas y elecciones. “La microfocalización conductual es una herramienta tecnológica para entrar en nuestra mente y recolocar los muebles” (Alegre, 2023, p. 14). Con todo el apoyo de la *big data*, la microfocalización conductual logra hacerse tan precisa que puede identificar gustos y preferencias muy particulares e incluso manipularlas. Lo que debe quedar claro es que dicho mecanismo no solo predice lo que un consumidor de

redes sociales va a elegir, sino que puede incluso redireccionar las decisiones; es decir, no se trata de mecanismos pasivos; al contrario, configura tendencias y patrones de conducta.

A dicho mecanismo habría que añadirle otro: el control en el flujo de información. Podríamos pensar que las formas de control que desarrollan las redes sociales solo se limitan al *output* de nuestro sistema de elección, pero eso no es cierto. Debemos considerar, para lograr una visión más integral, también el control del *input*. Esto corresponde a la labor que desarrollan los algoritmos para filtrar la información o la reubicación de nuestros gustos en reducidas redes de opinión que logran, más bien, encerrarnos en algunas ideas. La información también viene controlada y, como afirma Susie Alegre, especialista en derecho a la libertad de elección: “Si nuestros flujos de información están controlados, también lo están nuestras mentes” (2023, p. 112). Así pues, el control que desarrollan las redes sociales sobre nuestra libertad de elección es completo, pues seleccionan la información que nos llega y moldean nuestros gustos y preferencias. La sospecha sobre nuestra supuesta libertad de elección se afianza aún más.

Un aspecto que aprovechan las redes sociales es que la formación de nuestra identidad es continua a lo largo de toda nuestra vida y, en gran medida, esta se logra sobre la base de aquello que Jacques Lacan llamó “el estadio del espejo” (2009). Es cierto que Lacan se refirió al momento en que el niño encuentra su imago –el conjunto de estereotipos que se forjan en el individuo por influencia de los otros– en el espejo y lúdicamente forja la unidad de su yo, lo que le permitirá a la larga desarrollar su consciencia autobiográfica. No obstante, si bien es cierto que dicho estadio aparece en la infancia, no podemos dejar de reconocer que se prolonga a lo largo de la vida a través de las continuas imágenes que aparecen para ser imitadas. Hoy, ese “espejo” es también constituido por las redes sociales, el *black mirror* que nos manipula para forjar una identidad a gusto de la oferta (Gaal et al., 2022).

Ahora bien, para lograr un panorama completo de la situación, hace falta incluir un factor más. No podemos dejar de reconocer que un interviniente notable en todo este proceso es el capitalismo y su nuevo rostro. Por esa razón, algunos autores hablan de una colonización en la que el propio individuo cede el control de su vida a las automatizaciones. “La experiencia humana, potencialmente cada capa y aspecto de esta, se está convirtiendo en objeto de rentabilidad. A esta condición la llamamos colonización por datos y es una dimensión clave de cómo el capitalismo mismo está evolucionando hoy” (Couldry & Mejias, 2019, p. 10). Entonces, no se trata solo de un control, sino de un control rentable.

### **La libertad de elección como propiedad emergente**

Este desafío de las redes sociales a nuestra libertad de elección está siendo ampliamente estudiado, pero resulta de interés el siguiente aspecto: ¿son las redes sociales un argumento suficiente para demostrar que nuestra libertad de elección es una ilusión? Aunque las causalidades materiales, las causalidades sociales y ahora las causalidades tecnológicas controlen nuestras decisiones, yo estoy convencido de que nuestra libertad de elección sí es real y no una quimera.

La libertad de elección es una propiedad de la naturaleza que ha sido muy difícil de entender. Parece una propiedad diferente a todas las demás, ya que no cumple con las leyes que gobiernan al resto de la naturaleza. Por eso, algunos filósofos han defendido su autonomía plena, pero a costa de separarla absolutamente de la naturaleza (dualismo). Otros prefieren encerrarla en la naturaleza y sostienen su total dependencia del mecanismo que la gobierna (materialismo). Pero existe una tercera posibilidad que es la que yo quiero defender; esta es, considerar a la libertad de elección como una propiedad emergente de la naturaleza (emergentismo). Las propiedades emergentes son entidades que, por su extrema complejidad,

no pueden ser explicadas desde las partes que la componen, aunque tampoco pueden ser completamente desligadas de la materia que les da origen. Ejemplos de propiedades emergentes son: el ecosistema, el pensamiento, el lenguaje, la cultura, la libertad, etcétera. En todos estos casos, pretender una explicación reducida a la materia es inapropiado, como también lo sería si quisiéramos desligarla plenamente de la naturaleza. La propiedad emergente pretende, por eso, ubicarse entre el dualismo y el reduccionismo, pues una propiedad emergente es al mismo tiempo dependiente y autónoma.

Tres son las características más específicas de las propiedades emergentes. Primero, su complejidad. Cuando pensamos en una propiedad simple, lo evidente es la parte de la entidad que la produce. Así, por ejemplo, la dureza es producida por la consistencia de las moléculas, pero si nos preguntamos por una propiedad compleja, como la libertad de elección, no sabríamos especificar cuál es la parte del cuerpo humano que la produce. Sabemos que la produce el cuerpo humano (pues no podría haber algo extra) pero no podríamos explicar exactamente cómo se ha producido. La segunda característica de una propiedad emergente es su dependencia. Y es a esta particularidad justamente hacia donde apuntan las redes sociales. Aunque yo soy libre para elegir, mi libertad está condicionada por la materia (por ejemplo, no elijo jugar un juego de mesa cuando tengo sueño) y por causalidades situacionales (decido usar casaca en un día de mucho frío). En otras palabras, mi libertad de elección tiene un grado de dependencia. Finalmente, la tercera característica es la autonomía, que quiere decir que, a pesar de que tenga sueño, puedo decidir jugar el juego de mesa cuando mi hijo me lo está pidiendo o dejar la casaca al lado, aunque haga mucho frío, solo para ganar una apuesta. Es controversial, pero, así como soy dependiente, soy autónomo.

Si asumimos que nuestra libertad de elección es una propiedad emergente, entonces hay que reconocer que somos, en alguna medida, manipulables por las redes sociales y que esto no va a depender mucho de nuestra capacidad de decisión –aunque sí habría una posibilidad en la regulación que el Estado pueda establecer en relación a dichas empresas–. No obstante, también podemos y debemos reconocer que un aspecto de nuestra libertad todavía es autónomo y está en nosotros la decisión o la posibilidad de la desconexión.

## REFERENCIAS

- Alegre, S. (2023). *Libertad de pensamiento. La larga lucha por liberar nuestra mente*. Akal.
- Couldry, N. & Mejias, U. (2019). *The costs of connection. How data is colonizing human life and appropriating it for capitalism*. Stanford University Press.
- Gaal, J.C., Gutiérrez, F. I. & Miranda, O. M. (2022). Manipulación ideológica en redes sociales: acoso, engaño y violencia en el entorno digital. *Palabra clave*, 25(3), e2539. <https://doi.org/10.5294/pacla.2022.25.3.9>
- Galli, G., Sirota, M., Materassi, M. Zaninotto, F. & Terry, P. (2017). Brain indices of disagreement with one's social values predict EU referendum voting behavior. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 12(11), 1758-1765. <https://doi.org/10.1093/scan/nsx105>
- Lacan, J. (2009). El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En: *Escritos I* (pp. 99-105). Siglo XXI.
- Schreiber, D., Fonzo, G., Simmons, A. N., Dawes, C. T., Flagan, T., Fowler, J. H. & Paulus, M. P. (2013). Red brain, blue brain: evaluative processes differ in democrats and republicans. *PLoS ONE*, 8(2), e52970. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0052970>
- We are social & Meltwater (2024). *Digital 2024. Global overview report*. <https://wearesocial.com/uk/blog/2024/01/digital-2024/>